

Mimmi Kass



SÍNTOMAS DE LOCURA

De carne y hueso, 1

*Síntomas de locura.
De carne y hueso, 1*

Mimmi Kass

Esencia/Planeta

© Mimmi Kass, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Lady Desidia

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25484-3
Depósito legal: B. 1601-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Talismanes



Sobre el escritorio de mi habitación estaba todo en orden: la mochila con los libros, el estuche y los cuadernos, el móvil con el cargador y los cascos de cancelación de ruido, que me permitirían aislarme en caso de emergencia.

Y mis talismanes.

Magnus asomó su cabeza rubia, todavía mojada por la ducha, y lanzó una mirada dubitativa a los enseres dispuestos sobre la mesa.

—Hermanita, ¿estás segura de que llevar a Unicornio Bebé es una buena idea?

Ignoré su insinuación mientras forcejeaba con la arandela que él mismo le había puesto a la pobre oreja de mi peluche favorito. La idea era reconvertirlo en una especie de llavero gigante. Esa era la solución que se le había ocurrido para no esconderlo, porque, si me pillaban mis compañeros, me hundiría en la miseria; en la total y completa humillación. Mejor mostrarlo como una más de mis peculiaridades, como el gorro azul de lana con nubes blancas que llevaría sobre mi pelo, pese a ser pleno verano.

—Ve a vestirte. ¡Llegaremos tarde! —protesté al ver que no se iba. Me ponía nerviosa, con sus ojos azules clavados en mis dedos torpes que intentaban colocar mi unicornio en el asa de la mochila—. Si llegamos tarde, ya sabes lo que pasará. ¡Vete!

Dudó desde el quicio de la puerta, pero al final entró, con las caderas envueltas en la toalla y aún empapado, y me arrebató mochila y peluche sin miramientos.

—¡Eh!

—Nervioso me pones tú a mí, Martina —gruñó, exasperado. Por supuesto, en siete segundos abrió la arandela, la giró y la enganchó en la tela. El unicornio blanco con crines de arcoíris y ojos de purpurina colgaba de la oreja izquierda para acompañarme en mi primer día en la Facultad de Medicina de la Universidad Internacional—. Toma. Ya está.

Sonreí, agradecida. Lo abracé y le di un beso en la mejilla. En momentos como aquel, tenía la certeza de que Magnus era el mejor hermano del mundo.

—Tienes unas manos muy hábiles. Serás cirujano cardiaco, como papá. O neurocirujano —dije con seguridad. Pese a que a veces fuera un poco imbécil y se empeñara en esconder lo inteligente que era con comportamientos... digamos que erráticos, yo confiaba en él. Magnus sería un médico increíble.

—Ni siquiera estoy muy seguro de haber hecho bien metiéndome a estudiar Medicina, joder —respondió en voz baja, más para sí mismo que para mí. Negó con la cabeza y mil gotas me regaron por aspersión. Le quitó importancia a sus palabras con un gesto de la mano—. Y, además, ¡faltan años para eso!

Me quedé helada. Él evitó mi mirada de sorpresa y quiso escabullirse con la excusa de prepararse, pero lo retuve por la muñeca.

—¿Qué dices, Magne? Con lo mucho que te costó tomar la decisión, ¿ahora tienes dudas? —pregunté, preocupada. Él me regaló una sonrisa torcida y se encogió de hombros.

—En realidad, no tomé una decisión, hermanita. Más bien me vi empujado por los acontecimientos. Estaba tirado en la India, sin blanca —confesó sin ambages. Vaya. No era esa la versión que había manejado yo hasta el momento—. Papá y mamá me habían apoyado hasta entonces, pero ya no estaban dispuestos a seguir financiando mi crisis existencial posbachillerato. Me lo dejaron bien claro: «Magnus, un año sabático es suficiente: o estudias o trabajas».

—¡Vaya! Y yo que pensaba que el viaje espiritual al Tíbet te había hecho reconsiderar tu camino —dije con un poco de sorna. Él soltó una carcajada.

—No. Todo fue mucho más prosaico, joder. Y dudé mucho si

no sería mejor una ingeniería. —Soltó un suspiro, me acarició el pelo, tan parecido en el tono rubio claro al suyo, y después me dio un tirón con mala leche—. Pero mamá es médica, papá es médico, tú quieres ser médica desde que naciste... ¡Yo qué sé! Parecía lo más lógico.

—Pero, Magnus, es la decisión más importante de nuestras vidas —sostuve con tono reverencial. Era así. Así lo pensaba. En cambio, él se lo tomaba todo como un maldito juego; todavía recordaba la manera en que soltó la bomba de que no seguiría estudiando después del colegio y que se iría de viaje por el mundo. Creí que a mi padre le daba un derrame cerebral. Menos mal que mi madre medió en aquel momento, porque, si no, habría ocurrido una de estas dos cosas: o mi padre hubiese muerto o a mi hermano lo habrían matado.

Soltó una carcajada de esas suyas, en las que su enorme boca enseñaba su dentadura casi perfecta y sus ojos refulgían con alegría y luz interior.

—Pues yo lo he hecho para copiarte a ti, para salir del paso o porque quizá pueda ser un buen médico. No lo sé, Martina —replicó, ya más serio. Me apretó la nariz entre el índice y el pulgar, en un gesto que hacía desde el día en que nació. Mi madre me lo había contado y me parecía muy tierno—. Habrá que verlo sobre la marcha... y, si no me da resultado esto de la Medicina, ¡siempre nos quedarán los millones de Industrias Thoresen!

Me guiñó un ojo, con su sonrisa más traviesa, esa que pulverizaba bragas en la franja de edad comprendida entre los quince y los setenta y cinco años, y se marchó corriendo antes de que le propinara una buena bofetada por caradura.

De acuerdo.

Respiré hondo un par de veces para recuperar la calma. ¿Por dónde iba? Mis talismanes. Auriculares. Unicornio. Gorro. ¿Goma del pelo especial? Qué raro. Yo era muy ordenada y meticulosa y estaba segura de que la había dejado donde siempre, en el pequeño arbolito de cristal donde colgaba mis joyas y complementos del pelo, situado sobre el escritorio. Ahí había multitud de gomas, pin-

citas y broches. Pero no «la» goma. Empecé a respirar un poco más rápido.

—Martina, serénate. Tiene que estar aquí.

Empecé a abrir cajones.

Yo era un ser racional en extremo. Cultivaba el método científico desde que tenía cinco años. Siempre había preferido jugar al ajedrez que con otros niños y fabricar mis propios robots antes que las muñecas. Cuando tenía ocho años, construí una maqueta del cuerpo humano que era capaz de comer, hacer una digestión primitiva y defecar, y gané una visita a la NASA en Cabo Cañaveral.

Pero, por algún extraño motivo, había tres o cuatro cosas, total y absolutamente irracionales, a las que me aferraba como si mi vida dependiera de ello.

Y una de ellas era la puta... goma... de pelo... de la suerte.

Y no aparecía por ninguna parte.

Mi corazón empezó a latir en un *crescendo* de tambor en el pecho.

La hiperventilación hizo que el nivel de dióxido de carbono descendiese en mi sangre; la psicóloga infantil me lo había explicado hacía tiempo, porque, para mí, era importante saber lo que me pasaba. Aunque no servía de mucho si no podía controlarlo. Empecé a notar que se me iba la cabeza.

—Martina, hija, ¿se puede saber qué haces? ¡Estamos todos esperándote para desayunar! —Mamá irrumpió en mi habitación y me descubrió en pleno ataque de ansiedad. Ya tenía las manos agarradas frente a mi rostro. Los ojos, desorbitados. Veía mi imagen en el espejo situado encima del escritorio. Qué patética. Esa sensación de que me iba a morir, de que perdía el control. Recordé la primera vez que me ocurrió, cuando me perdí en el aeropuerto de Oslo. Tenía cinco años.

—La goma. La goma. La goma. Mamá. Mamá. Mamá —solté en *staccato* al mismo ritmo de mi respiración descontrolada. Me iba a morir por una maldita goma de pelo. Si no llego a estar ahogándome, me hubiese reído de mí misma—. Goma. Goma. Goma.

Mi madre me abrazó con fuerza. Me acogió en su pecho. Le dio igual que su estilismo de directora médica con camisa de lazo de seda recién planchada se estropease. Ya sabía lo que había, mi ansiedad había empeorado desde la pandemia. Aunque, como estábamos a finales de verano, hacía tiempo que no me pasaba. Se quitó de un par de patadas los zapatos de tacón.

—Respira, hija. Respira tranquila. Vamos a sentarnos en el suelo, contra la pared, ¿vale? —Su voz, dulce y firme, me consolaba, no tenía que pensar. Estaba rígida y mis músculos, contraídos por la alcalosis, me impedían por completo el movimiento, pero asentí. Intenté hacer un esfuerzo—. Vamos. Flexiona las rodillas.

—No. No. No puedo. No puedo. No puedo. —Volví a hiperventilar a mayor velocidad. Iban a soltarse los últimos hilos de voluntad que sujetaban mis brazos y piernas. Mis manos se agarrotaron todavía más y mis dedos se retorcieron en rizados grotescos—. Goma. Goma. Goma.

Mi cuerpo no respondía. Cuando se llega a la fase de los espasmos, es muy difícil volver atrás. La acidez de mi sangre tardaría unos minutos en corregirse. Mi madre me arrastró hacia el puf en el que solía leer y escaneó la habitación. Yo sabía lo que buscaba, pero allí no había ninguna bolsa para respirar. Quise pedirle perdón. Era parte de mi desafío ecológico: nada de bolsas de plástico, y las de tela no servían para recircular el dióxido de carbono. «Lo siento, mamá.» El silbido anacrónico de una locomotora de vapor se cebó con mis pobres tímpanos. Era mi tensión arterial, que se disparaba.

—¡Erik! Erik, *kom hit, vaer så snill!** —gritó mi madre con toda la potencia de sus pulmones. ¡Qué inteligente! Llamaba a mi padre en noruego porque sabía que así vendría a la velocidad de la luz; parte de su código secreto de comunicación.

Mientras tanto, me recostó como pudo sobre ella en el enorme puf. Yo estaba en tensión. Seguía hiperventilando y además había perdido la visión, como preludio del síncope. Por eso mi madre me había tumbado. Todo estaba negro y se reducía a un punto de luz.

* «Erik, ¡ven aquí, por favor!», en noruego estándar, el *bokmål*.

Era curioso cómo mi cerebro lo analizaba todo con una lucidez apabullante y, a la vez, era incapaz de controlar mis emociones o mis funciones motoras. Analizar. Analizar. No servía en absoluto. Sabía lo que me pasaba con exactitud, segundo a segundo, pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Estamos en Tromsø. En el lago. Llevas puestos los patines de cuchilla. Te deslizas sobre el hielo. Hace frío, pero no te importa, porque tienes toda la pista para ti sola —dijo mi madre en voz muy baja y con el tono monocorde que empleaba siempre en esos casos. Vaya. Tromsø. Esa vez me había llevado lejos. Mi mente destelló con los recuerdos de la ciudad en el Círculo Polar Ártico. El lago, rodeado de roca gris y nieve; la placa reluciente bajo mis pies. Cerré los ojos, el punto ominoso de luz desapareció y mis recuerdos lo sustituyeron por el paisaje amado—. Un pie, tres metros. Otro pie, tres metros. Hace sol, pero mucho frío, así que la película más superficial está suave y las cuchillas resbalan como sobre mantequilla. Avanzas en línea recta sin esfuerzo. —El tempo de sus palabras guió mis exhalaciones y las acunaron poco a poco hacia una respiración cada vez más sosegada. Noté que mis dedos cosquilleaban a medida que la circulación se normalizaba y mis músculos se relajaban.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no bajáis a desayunar? —Mi padre solía entrar en tromba donde quiera que fuese con dos notables excepciones: en presencia de mi madre y de su hija, o sea, yo—. Inés, *kjaereste*,* ¿qué ocurre? ¿Martina? *Nei, mine lille datter!*** ¡Ahora no! —exclamó al ver el panorama que se extendía ante él. Se arrodilló junto a nosotras y traté de enfocar la mirada en sus ojos alarmados. Cubrí mis manos, unidas a las de mi madre, con las suyas y las hizo desaparecer entre la enormidad de sus dedos cálidos.

No los veía, pero sabía lo que ocurría entre ellos. Solo les hacía falta una mirada para intercambiar la información de lo que estaba pasando. Mi madre señaló algo con su cabeza mientras continuaba su

* «Cariño», en noruego.

** «¡No, mi pequeñina!», en noruego.

relato sobre una de las cosas que más podían gustarme en este mundo: patinar sobre hielo.

—Pero ¿qué has hecho con...? —masculló.

Me pudo la curiosidad y abrí los ojos ante su exabrupto, que me desvió por un momento de la voz dulce y femenina de mi madre. No me quedó otra que sonreír. Papá había cogido a Unicornio Bebé de la mesa, arrastrando consigo la mochila, que pesaba dos toneladas. El pobre casi sufrió una amputación del *piercing* de su oreja.

—Tráelo con mochila y todo —pidió mi madre.

Y eso hizo él, lo puso en mi regazo con mochila y todo.

Me abracé al muñeco de veinte centímetros que me acompañaba desde que tenía cinco años, me perdí en el aeropuerto de Oslo y me dio mi primer ataque de ansiedad. Una anciana de origen alemán, maravillosa, y que resultó ser profesora jubilada, me llevó a la tienda Relay, me compró aquel peluche de unicornio, me abrazó muy fuerte y me consoló hasta que mi madre apareció, desesperada, con un ataque de ansiedad igual al mío y deshecha en lágrimas, casi una hora después.

Desde entonces, Unicornio Bebé era mi talismán principal.

Por supuesto que era una buena idea llevarlo a mi primer día de universidad.

Nos abrazamos los tres durante unos minutos, hasta que recuperé una frecuencia cardíaca y respiratoria normales y mis piernas empezaron a desentumecerse. Llegaba el bajón y, con el llanto, el alivio.

—¿Todo bien, Martina? ¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre por fin, cuando vio que lo peor quedaba atrás.

—He perdido mi goma de la suerte. No puedo ir a clase sin mi goma especial —sollocé muy bajito. Odiaba esa fase, porque seguía sin poder controlar mis emociones, aunque ya hubiera retomado el control de mis músculos. El surtidor de lágrimas duraría un buen rato sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

Me miró con sus ojos azules de mil matices. Una vez intenté contar los distintos tonos y tuve que rendirme, porque me perdí y no supe si los puntitos de un lado los había contado ya o no. Tenía

que ser difícil para él... un hombre hecho y derecho, cirujano, jefe de la Unidad del Corazón del Hospital San Lucas, gerente general de las Norsk Klinik. Fruncí el ceño, porque creí leer una chispa de diversión en sus ojos.

—¿Te estás riendo de mí, papá? —pregunté, ofendida. Aferré con fuerza a Unicornio Bebé y mi mochila. Tenía que plantearme ponerle un mosquetón o algo así para desengancharlo con mayor facilidad.

—Martina, no me digas que la goma que buscas es esa que llevas ahí —dijo, a medias divertido, a medias exasperado.

Dirigí los ojos a mi antebrazo izquierdo, donde nunca solía llevar nada porque soy zurda y me molesta todo al escribir.

—*Svarte helvete!** —exclamé, sorprendida—. ¡Lo siento muchísimo!

Mi goma de la suerte, una espiral de silicona de color rosa, perfecta para hacerme un moño y que ningún pelo escapase de él, rodeaba con primor mi muñeca.

—Hija, creo que tu vena dramática se va a perder en la Facultad de Medicina. ¿Estás segura de no querer probar suerte en Broadway o en Hollywood? —dijo con cierto tono irónico. Nos tendió una mano como ayuda para levantarnos del puf.

Mi madre soltó una carcajada, me empujó para que saliera del puf y se agarró a la fuerte mano de mi padre. Yo me levanté de un salto, avergonzada y también divertida por lo que acababa de pasar.

—Bueno, ¡crisis superada! —exclamó ella tras un suspiro de alivio. Estiró el lazo de su camisa blanca de seda, se calzó los tacones negros de charol y recompuso su peinado en un par de movimientos frente al espejo—. Todo el mundo a desayunar.

* * *

* Literalmente significa «infierno negro», en noruego. Es una expresión muy malsonante, que se podría traducir por «no jodas», «maldita sea», «manda huevos» o «puta mierda».

La Costanera Norte* nos permitía estar en el San Lucas en unos veinte minutos de trayecto en coche. Magnus y yo nos bajaríamos en el semáforo de la avenida Andrés Bello para ir a la facultad. Era cómodo, pero yo sabía que mi hermano tenía otros planes; planes ambiciosos de independencia y libertad; planes que involucraban el ático de soltero de mi padre en Isidora Goyenechea, a poco más de diez minutos a pie del campus.

Esperó a que mi madre alcanzara velocidad de crucero y, antes de que mi padre comenzara a leer papeles del hospital, inició la negociación. Puse todos mis sentidos en alerta, porque a mí también me interesaba mucho aquello. Los dos teníamos mucho que ganar.

—Papá, mamá, ¿sois conscientes de que vamos a llegar a la facultad poco después de las siete de la mañana? —dijo Magnus con voz seria y circunspecta.

Mi padre no se inmutó. Sacó sus gafas de la funda y empezó a limpiar los cristales.

—Os viene muy bien madrugar. Lleváis todo el verano levantándoos a las tantas. En especial tú, Magne —replicó, sin recoger el guante—. Aprovechad para reconocer el terreno y ved bien dónde os tocan las clases, porque cambian según la asignatura.

—Lo sé, lo sé. Many y Adriana serán nuestros padrinos y nos lo han explicado, nos harán el *tour* después —respondió Magnus, un poco impaciente ante los pocos resultados obtenidos—. Pero ¿esto va a ser todos los días así? Mamá, ahora, en marzo, con el buen tiempo, no importa tanto, pero...

Mi madre interrumpió sus divagaciones con un gesto de la mano como si espantara una mosca molesta.

—Hijo, tu padre entra en quirófano a las ocho en punto y le gusta revisar que todo esté en orden antes de empezar. Yo tengo mil temas que resolver de la dirección médica, además de la con-

* Autopista urbana de Chile, inaugurada en 2005. Se extiende de este a oeste de la capital, conectando el sector alto de Santiago de Chile con el aeropuerto y la ruta 68 que une la ciudad con Valparaíso, Viña del Mar y otras localidades del litoral central.

sulta, y agradezco una hora de paz antes de que me arrastre la vorágine de la mañana —dijo sin piedad. Lo fulminó a través del espejo retrovisor, pero sonrió, divertida—. Estoy segura de que esa horita libre sabréis emplearla con sabiduría.

Magnus escondió la cabeza entre los hombros, enfurruñado, y se hundió en el asiento de atrás del Audi e-Tron de mi padre. Yo suspiré. ¡Hombres! Siempre se daban por vencidos antes de tiempo. Además, solo había un modo de hacer eso... lo que yo llamaba «la manera noruega de hacer las cosas»: de frente y sin prolegómenos. Y nunca, nunca, había que apelar a mi madre, porque siempre tendría argumentos para rebatir cualquiera que tú tuvieses para quitarte la razón. Mi padre era más blando, había que atacar por ahí.

—Papá, lo que Magnus quiere decir, y lo hemos pensado detenidamente —expliqué en un tanteo, con los ojos clavados en los suyos, batiendo mis pestañas con suavidad un par de veces y una enorme sonrisa; mi amigo Many lo había bautizado como «el parpadeo Bambi» y era catalogado en nuestra pandilla como infalible. Siempre me mandaban a mí de avanzadilla con los adultos cuando había algo que conseguir—, es que el ático de Isidora Goyenechea está ahí, sin usar, al lado de la facultad. ¡Sería perfecto para nosotros! Tiene dos habitaciones, podríamos ir a mediodía a comer allí, evitar trayectos en coche...

—Martina, somos tu madre y yo los que hacemos de chóferes, pagamos la gasolina y los peajes de las vías rápidas —repliqué mi padre con su lógica aplastante, pero algo en el modo que se giró hacia mí y la atención que me prestó me indicó que no iba por mal camino. Mi madre escuchaba con interés—. No veo qué grandes dificultades son esas que insinúas que tenéis que superar.

Magnus me lanzó una mirada de advertencia, pero yo lo tenía todo controlado.

—Papá, no se trata de dificultades, sabemos que nuestra vida es muy fácil. Sin embargo, no dependeríamos de vosotros para las idas y venidas —añadí con generosidad. No es que me importase demasiado madrugar, pero ¿y después?—. Por las tardes, a veces,

tus quirófanos se alargan hasta la noche, y mamá tiene reuniones que la entretienen en el hospital hasta muy tarde también.

Hice una pausa efectista para que mis palabras permeasen en su entendimiento. Mi hermano me miró, esperanzado.

—Sí, lo de las tardes es verdad —añadió Magnus, pensativo. Estuve a punto de darle una patada en la pierna para hacerlo callar, pero tuve que reconocer que lo que dijo fue magistral—. Tendréis que dejarnos el Volvo de mamá, al menos, algunos días. Cuando haya seminarios por la tarde, o vosotros os quedéis en el hospital, o tengamos distinta hora de...

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Y menos a ti! —rugió mi padre, envuelto en indignación al escuchar la mención del utilitario que usábamos de vez en cuando mi hermano y yo—. ¡No han pasado ni dos semanas desde tu última multa por exceso de velocidad, Magnus Thoresen Morán! Si piensas que voy a prestarte el coche o a financiar tu estilo de vida de Lewis Hamilton, estás muy equivocado.

Se me escapó una risita, divertida, que camuflé con un ronquido-tos. Magne llevaba, desde que había llegado de su viaje por el mundo, unos mil dólares en multas por pisar demasiado el acelerador. Algunas eran despistes estúpidos de ir a más de cien por vías con un máximo de ochenta, en túneles y cosas así, pero en otra lo había cazado el radar yendo a Ranco por la Autopista 5 Sur, a casa de mis abuelos maternos, a más de doscientos kilómetros por hora.

—Papá, mamá, ¡pensadlo! Quizá sea el momento de que Magnus y yo adquiramos un poco de independencia —dije cuando las aguas se calmaron un poco. Mi madre llegó al semáforo, y nosotros nos preparamos para bajar—. Él va a cumplir diecinueve y yo ya tengo diecisiete años. ¿No creéis que es un buen momento?

Tuve claro que mi padre se lo estaba pensando, porque tenía el ceño fruncido, la frente surcada de arrugas y casi se podían oír los engranajes de su cerebro rodar, pero mi madre acabó por negar con la cabeza.

—No, Martina. Prueba de ello es lo que ha pasado en casa esta mañana. ¿Y si te ocurre estando sola en el ático? —Entiendo por

qué lo hizo, pero me dolió el golpe bajo—. Quizá estéis preparados para la universidad, que lo dudo, pero estoy segura de que no estéis preparados para vivir solos, y menos para la vida. Ya lo hablaremos más adelante. ¡Que tengáis un buen día!

Mierda. Casi lo habíamos logrado.